

ESTADO Y SOCIEDAD EN EL PENSAMIENTO DE MARCOS KAPLAN*

Ricardo A. YOCELEVZKY RETAMAL

La muerte redimensiona toda nuestra comprensión de las personas y su obra. En el caso de Marcos Kaplan, fallecido en febrero de 2004, la consideración de sus aportes al pensamiento y a la ciencia política latinoamericana tiene que asumir ahora el hecho de que se trata de una obra terminada, al menos en lo que se refiere a su autor.

La consideración de la significación de un autor y su obra se enmarca en las condiciones históricas que rodearon y determinaron la existencia del uno y la producción de la otra. Kaplan fue un pensador independiente, serio y comprometido con las perspectivas que parecieron las mejores para los países latinoamericanos durante la segunda mitad del siglo XX, que es el periodo que se desarrolla la mayor parte de su vida adulta y de su producción intelectual. Como él mismo decía, “la dialéctica que hay entre un pensador individual y su contexto histórico es importante”.¹

Aun cuando la mayor parte de su obra está dedicada al análisis teórico del Estado en América Latina, los problemas que provocan el estudio son concretos e inmediatos a sus preocupaciones políticas. Sus primeras investigaciones se ubican en la década de los cincuenta del siglo pasado y tienen como objeto aspectos del desarrollo nacional de la Argentina, en particular la política petrolera de los gobiernos argentinos a lo largo de casi todo un siglo. Este estudio contiene la consideración del fenómeno que siendo particular de la Argentina, el peronismo, conduce al estudio del Estado nacional como actor central del desarrollo de los países lati-

* Una versión anterior de este trabajo fue expuesta en presencia de Marcos Kaplan en 2003. En esa ocasión agradecí a los organizadores del evento la oportunidad de expresar sentimientos que, curiosamente, es más difícil mostrar en privado. A Marcos como maestro, amigo y camarada le debo para siempre una gran admiración, cariño y gratitud.

¹ Entrevista realizada por Zamitiz, Héctor, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 176, p. 198.

noamericanos, de su potencial y de las limitaciones concretas que muestran quienes se hacen con el poder. Las contradicciones que exhibió el peronismo en sus primeros gobiernos (1946-1955) son caracterizadas por Kaplan de un modo que no deja duda acerca de su posición con respecto a este movimiento que constituye un eje de la vida política e ideológica de la Argentina: “El peronismo resulta ser en definitiva un movimiento esencialmente conservador que como *El Gatopardo* de Lampedusa, pretende que las cosas cambien lo mínimo para seguir siendo básicamente las mismas”.² En cuanto a la experiencia peronista de los años setenta basta recordar que el traslado definitivo de Kaplan a México se produce en 1975, después que uno de sus “principales maestros”, Silvio Frondizi, fuera “bárbaramente asesinado por sicarios peronistas en 1974 durante la presidencia de Isabel Perón”.³ Sin embargo, era muy clara su conciencia de la importancia del fenómeno: “...debe destacarse la incidencia de un movimiento especialmente influyente, con poco positivo y mucho negativo, y que termina por lanzar una sombra, frustrar o congelar toda alternativa superadora de la situación del país: el peronismo, polo y eje fundamental alrededor del cual ha girado en mayor o menor grado la vida política y sociocultural del país, prácticamente en el presente (1999)”.⁴

La vocación latinoamericanista de Kaplan está justificada por su trayectoria, que lo llevó de su Argentina natal a Chile, unos pocos años, y finalmente a su residencia definitiva en México, donde produjo la mayor parte de su obra.

Es importante establecer de qué se trataba la estancia en Chile en esos años de Marcos Kaplan. En 1966 el general Onganía asaltó el poder en Argentina y su dictadura fue particularmente dura con la universidad. Con estos antecedentes, queda claro que si bien Kaplan era un crítico del peronismo, no era un “gorila”, acusación que usaban pródigamente los peronistas en contra de sus críticos. En Chile, en un primer momento, fueron recibidos algunos académicos argentinos con la solidaridad de la que les gustaba presumir a los chilenos. Sin embargo, a poco andar esta recepción se transformó en hostilidad para con los científicos argentinos (pocos se acuerdan hoy del bochornoso caso de los físicos argentinos expulsados de Chile con la complicidad de la Universidad de Chile, los

² Kaplan, Marcos, *Gobierno peronista y política del petróleo en Argentina 1946-1955*, p. 52.

³ Zamitiz, *op. cit.*, nota 1, p. 187.

⁴ *Ibidem*, pp. 184 y 185.

Servicios de Inteligencia de las Fuerzas Armadas y el gobierno de la Democracia Cristiana, pero con la oposición de la izquierda universitaria chilena, estudiantes y profesores).

Es en Chile donde Marcos Kaplan plantea por primera vez en su trabajo, y en forma pionera para la ciencia política latinoamericana, el problema de las particularidades del Estado nacional en la región, en su libro de 1969, *Formación del Estado nacional en América Latina*.⁵ Si se trata de examinar una obra en su contexto, éste debe considerar al autor en la situación que rodea la elaboración de su pensamiento. Para esto, resulta reveladora la dedicatoria de ese libro: “Dedico este libro a mi hija Mariana, de padres argentinos, nacida en Chile, anhelando que llegue a vivir en una América Latina independiente, desarrollada, unida, patria de hombres y mujeres libres, protagonista de una civilización mundial humanista”.⁶

Es claro que tratándose del Estado nacional y del desarrollo nacional, la ideología nacionalista en sus variedades ya no podría engañar a un observador agudo como Kaplan. El problema del desarrollo había que enfrentarlo a través de un objeto tan complejo como ese Estado que, instituyéndose a la manera de los Estados nacionales europeos del siglo XIX, se había subordinado a las potencias que sucesivamente habían dominado el sistema capitalista y, además, lo habían hecho a nombre de los intereses nacionales y, en los últimos tiempos, después de la Segunda Guerra Mundial, movilizándolo a grandes sectores sociales detrás de consignas nacionalistas. Sin embargo, esta posibilidad abría también una esperanza para que ese Estado asumiera un papel como protagonista de un desarrollo independiente:

...ciertas coyunturas internacionales, independientes a veces de la voluntad de las metrópolis y sus elites de poder, pued(e)n crear oportunidades y opciones que sean aprovechadas de diferentes maneras por las clases hegemónicas y dominantes de los países periféricos para asumir una independencia relativa y un poder más o menos autónomo de decisión, y para intentar modificaciones significativas en la orientación y la configuración de la economía, la sociedad y la política. Explican también que el Estado en el Tercer Mundo y en América Latina ejerza a menudo una especie de

⁵ Kaplan, Marcos, *Formación del Estado nacional en América Latina*, Santiago de Chile, Universitaria, 1969.

⁶ *Ibidem*, p. 10.

función arbitral entre los grupos internos y externos, entre la sociedad nacional y las metrópolis, entre la dependencia y la autonomía”.⁷

Un rasgo de la personalidad de Kaplan es su independencia política, ejemplificada suficientemente con los antecedentes mencionados más arriba, pero es más importante quizás la independencia de pensamiento. Un elemento de claridad que hay que agradecer en los escritos de Kaplan es el definir desde el comienzo al contrincante. Tanto en su libro de 1969 como en su posterior *Estado y sociedad*, publicado por primera vez diez años más tarde, deja claro que comienza por rechazar los enfoques que define como restrictivos, formalistas y estáticos. De éstos define dos principales: el marxismo dogmático (oficial) y la ciencia política occidental. En ambos casos la crítica se centra en el carácter ahistórico que llegan a asumir estos enfoques a partir de su afiliación con algún poder establecido. En el caso de la ciencia política occidental, la crítica resulta casi profética (aunque probablemente la realidad rebasó las expectativas más pesimistas del autor) al denunciar la reducción de “La *political science* a *policy science*”.⁸

En cuanto al marxismo oficial, en la época prohijaba a una forma sibilina de neoestalinismo representado por la gran difusión del marxismo académico encarnado en Althusser y sus discípulos. Hay que recordar que en esos años todavía dominaban en la definición de planes y programas de estudio. Sin embargo, desde antes de consumarse la conquista de las cátedras por el marxismo estructuralista, Kaplan había considerado las limitaciones de este enfoque en lo que se refiere a su objeto fundamental de estudio, el Estado. En su libro de 1969 ya consideraba la obra de Poulantzas, en ese entonces todavía no traducido al español, y que era el exponente del enfoque de Althusser en el campo de la política. Recordando más tarde la influencia alcanzada por esta forma de pensamiento, dice: “Desde mi llegada [a México en 1975] ...me encuentro con la imposición de ese althusserianismo dogmático por esencia, que desde sus inicios combina el marxismo-leninismo-estalinismo y una inspiración del escolasticismo cristiano”.⁹

De este modo, la posición de Kaplan queda definida dentro de la gran tradición de pensamiento crítico de la que son figuras señeras Marx y

⁷ *Ibidem*, p. 50.

⁸ Kaplan, Marcos, *Estado y sociedad*, p. 34.

⁹ Zamitiz, *op. cit.*, nota 1, p. 189.

Engels, más la gran cantidad de seguidores suyos que califican como pensadores independientes. Esto no quiere decir que se trate de académicos que esquivaran los compromisos políticos, sino pensadores de los problemas en su marco histórico, que definen su posición de acuerdo a valores y no a filiaciones de grupo o partido. Todos los autores han de ser valorados críticamente, y del mismo modo que rechazó el dogmatismo marxista, propone una visión compleja de pensadores como Weber, Manheim y Simmel.¹⁰

Como correlato de las posiciones teóricas que Kaplan caracteriza críticamente, aparecen formas de analizar las situaciones políticas coyunturales de los países latinoamericanos que buscan fundamentarse en esas teorías. En particular, con respecto al Estado en América Latina, aparecen dos caracterizaciones polares: por una parte, dentro de la gran corriente que puede ser denominada “castrismo” a partir de los años sesenta, aparece una visión del Estado como simplemente un instrumento de dominación que a partir de su carácter de clase le imprime un sentido unívoco a todas sus acciones. Esto justificaría la lucha armada como única vía al poder y a la transformación social. Por otra parte, dentro de la ciencia política académica, orientada por el pensamiento liberal, se ignoraba al Estado como realidad y como actor fundamental del proceso político, centrándose en la caracterización de los sistemas de gobierno y los requerimientos de su participación en los procesos de desarrollo económico nacionales.

La posición adoptada por Kaplan es definida por él mismo como “histórico-estructural”, con lo cual se resumen los atributos opuestos a las posiciones criticadas anteriormente. Se trata de un enfoque concreto, dinámico y totalizador. Aquí la historia incorpora tanto el pasado como el presente y, de una manera particular, el futuro. Si para las posiciones criticadas el pasado era sólo el camino necesario para arribar a este presente estático, sin futuro, y para otros el futuro ya estaba presente en otra parte y sólo el programa de algún partido nos podía acercar a él, que de todas maneras era ineluctable dado el carácter “científico” de la doctrina que lo sustentaba, para Kaplan el futuro está abierto a múltiples posibilidades, entre las cuales un intelectual puede incorporar con toda libertad la utopía, como un instrumento de crítica del presente y de eventual orientación de la acción hacia el futuro. No se trata de ninguna ingenuidad. La

¹⁰ *Idem.*

utopía como arma de la crítica, como “tipo ideal” weberiano en su uso de medida del presente como desviación, es una de las fuentes de la ironía que llegó a constituir uno de los rasgos más notables de la personalidad de Kaplan.

En sus palabras, “El modelo utópico... contribuye a mostrar la historicidad y la contingencia, y por lo tanto la precariedad de las estructuras sociales vigentes que, por su origen antiguo y su continuada existencia aparecen naturales, necesarias e inmodificables”.¹¹

El examen de las diversas teorías vigentes en el campo de la ciencia política conduce a la denuncia de la toma de posiciones unilaterales frente a toda contradicción presente en lo real. Así, enfrenta las supuestas paradojas de la relación totalización y especificidad afirmando que conducen a la exploración y la constatación de la unidad de todos los grandes sistemas de la naturaleza y de la sociedad “como conjuntos de elementos en interacción por los cuales circulan energía e información”. Esta es la clave de su construcción de la dinámica de los sistemas sociales definidos por su autoorganización y complejidad. La historicidad de los sistemas está dada por los diferentes niveles en que se teorizan estructuras, funciones, sistemas, modos de producción y formaciones sociales.

Estas últimas son el nivel de mayor complejidad y concreción, pero al mismo tiempo el escenario histórico de la acción política y de la ciencia. En este nivel es donde la ciencia política toma distintas posiciones respecto de las relaciones entre infraestructura y superestructura, donde se han dado históricamente posiciones reduccionistas polares, centradas en la afirmación de la independencia o papel determinante de uno de los dos elementos. En el primer caso, algunas posiciones de Engels y Lenin, y en el opuesto, los teóricos de las elites como Michels, Mosca, Pareto y Burnham. La posición de Kaplan introduce dos elementos centrales que permiten disolver las paradojas a que conducen las posiciones unilaterales, y que esconden algunas contradicciones de la realidad: primero el recuperar las relaciones entre los elementos del sistema como foco del análisis y, segundo, incorporar la complejidad, que conduce a privilegiar las vías y formas de comunicación y determinación mutua entre los distintos niveles del sistema social.

El privilegio del foco en lo relacional del sistema y no en sus partes y componentes es un principio metodológico que le permite a Kaplan definir

¹¹ *Ibidem*, p. 39.

la situación histórica de la siguiente manera: “En el capitalismo, la relación Estado-economía no es la relación de dos entidades distintas, sino una articulación específica, un modo particular de inserción recíproca de dos modalidades de las prácticas sociales en que la especificidad de la articulación o inserción es *constitutiva de las dos modalidades*”.¹² Subrayo esto último por su importancia como principio teórico y metodológico: las relaciones tienen, en todos los niveles y para todas las unidades participantes, un carácter constitutivo. Somos en parte una construcción que resulta de las relaciones en que nos formamos y en las que participamos.

Con esta visión no parece compatible ningún economicismo reduccionista que busque explicar causalmente los procesos políticos por hechos económicos, sean estos estructurales o coyunturales. Por otra parte, tampoco se puede explicar los procesos políticos por inclinaciones individuales o colectivas de una elite cuyo único motor sea la reproducción de la dominación. Esta última relación tiene un sentido dentro de una estructura económica de explotación del trabajo y de acumulación de riqueza, pero no está determinada coyunturalmente y a cada paso por intereses económicos inmediatos.

Esta complejidad se observa en todos los niveles, desde el individuo, lo que permite examinar partiendo del cerebro y la *psiquis* las construcciones colectivas que luego nos conforman o construyen, como son la cultura y las ideologías. En este último campo es donde se ubican las prácticas sociales de la ciencia y la técnica, grandes instrumentos de cambio, pero no necesariamente. Como toda práctica social, se desarrollan entre orientaciones contradictorias que pueden llegar a ser conflictivas en su propio campo delimitado o por la intervención de otros elementos ideológicos ubicados en otros campos de la práctica social pero con suficiente fuerza y poder para interferir en la actividad científica y técnica.

En una construcción tan compleja como la que ha diseñado Kaplan, los problemas del cambio social aparecen por necesidad como conflictivos en la práctica y difíciles de analizar en el terreno del conocimiento. Esto se debe a la introducción del tiempo como característica diferencial de cada nivel de estructura conceptualizado y a la enorme heterogeneidad de estructuras y actores en juego en cualquier momento.

Los cambios que afectan al sistema en su conjunto asumen irremediablemente un carácter político. Las tendencias de cambio en la sociedad

¹² *Ibidem*, p. 69.

llegan a expresarse ideológicamente a través de fuerzas actuantes en el sistema político, el cual permite ciertos periodos de estabilidad en tanto las diferencias sean contenidas en niveles que no afecten a las piezas centrales de esa estructura, ni a las ideologías que las legitiman y permiten su funcionamiento. Es eso lo que produce las ironías de la historia, la imposibilidad de imponer un proyecto único, completo, planeado. En todos los campos de la práctica social, ideológico o material, el resultado del cambio es imprevisible porque es el resultado de un choque e intercambio de fuerzas en que vencedores cumplen partes del programa de los vencidos y éstos, a su vez, se reconocen al menos parcialmente en el sistema reconstituido en otro nivel. A pesar de esto, la razón tiene un lugar y una capacidad (creciente, quisiera creer un optimista cauto) para explicar las ideas y orientar eventualmente la acción a partir de un mejor conocimiento de las situaciones.

La condensación de todo este complejo de relaciones está representada por el Estado y todas sus ambigüedades. Es, en lo interno, la institucionalización de los distintos órdenes, encargado de establecer, mantener, renovar y hacer cumplir la normatividad que resulta de cada enfrentamiento en todos los niveles de contradicción de la realidad social. En lo externo, es parte de otro sistema normativo en el que actúa sobre la base de dos ficciones jurídicas que lo legitiman: una interna, que lo asume como representante de toda una sociedad nacional, y otra externa que lo supone soberano e igual jurídicamente a cualquier otro Estado nacional. La manutención y funcionamiento sobre la base de estas ficciones dentro de márgenes razonables es posible en la medida que cada Estado sea capaz de articular sus determinaciones internas con las condiciones externas en que existe.

No es necesario recalcar lo pertinente que las observaciones de Kaplan resultan hoy, cuando la mayor parte de las estructuras a las que se referían sus conceptos de 1977 se encuentran en un estado variable de fluidez, cuando no de franca crisis, pero por eso mismo mostrando estructuras que en un momento de funcionamiento relativamente más normal, como en el que las describió y conceptualizó Kaplan no tenían el mismo grado de visibilidad, lo cual revela la justeza de la mirada teórica del autor.

El trabajo teórico nunca absorbió la totalidad de la atención de Kaplan hasta el punto de hacerle perder de vista la necesidad de confrontar sus ideas con los acontecimientos contemporáneos, de tal modo que lo que constituye sin duda un ejercicio académico del nivel más abstracto e ilustrado, tuviera una prueba de su capacidad para comprender e interpretar

la realidad política imputándole un sentido en los plazos más inmediatos y no sólo en las dimensiones históricas.

En 1993, Kaplan expuso su visión de la situación del mundo de la Posguerra Fría. Una primera constatación es el cambio en las posibilidades de los Estados-nación ya que “el principio de soberanía es reformulado en un sentido restrictivo y con él todo lo que implique obstáculos a la integración globalizante”.¹³ Luego caracteriza la nueva situación y define algunas de las fuentes de dificultades para proponer cursos de acción independientes y autónomos para los Estados periféricos, entre ellas muy prominentemente “la disociación entre la economía real y la economía simbólica”.¹⁴ Del análisis de las múltiples consecuencias de hechos estructurales como éste, desprende un diagnóstico de la situación en los países latinoamericanos: “sufren una constelación o tríada compuesta por la crisis y descomposición económicas, la disolución social, la anarquización política, con sus redes, ramificaciones y entrelazamientos y sus formas específicas de marginalización”.¹⁵

Su descripción de la situación que comenzaba a desarrollarse podría haber parecido exagerada en ese momento, pero vista desde la maduración que algunos de los procesos definidos en su análisis han alcanzado hoy, se puede decir que en algunos aspectos pecó de tímido y en otros acertó en medidas que nadie podría haber imaginado. El grado de desorganización y descomposición que el orden mundial inaugurado al final de la Segunda Guerra Mundial podría alcanzar llevaría eventualmente a las consecuencias dramáticas que todos conocemos en los países periféricos, pero “pueden incluso crearse situaciones de alta inseguridad en las propias potencias y países avanzados por actos de terrorismo e incluso por amenazas militares directas”.¹⁶

Por otra parte, sus preocupaciones políticas no se apartan de la consideración de la significación de su pensamiento para el análisis de las situaciones contingentes. En particular, frente a lo desalentador del panorama del conjunto del sistema, la atención se centra en el análisis y evaluación de las posibles o autoproclamadas alternativas. Entre éstas llamó la atención de Kaplan una de las más radicales, dadas las limitaciones estructurales a la acción autónoma del estado en los países lati-

¹³ Kaplan, Marcos, *El sistema mundial en la era de la incertidumbre*, 1993, p. 10.

¹⁴ *Ibidem*, p. 17.

¹⁵ *Ibidem*, p. 18.

¹⁶ *Ibidem*, p. 29.

noamericanos que constataba en su evaluación del sistema global. En el caso de la Venezuela de Chávez encuentra una repetición de situaciones y fórmulas ya probadas, conocidas y ya en otras ocasiones fracasadas como proyectos de autonomía, pero vigentes en varias formas en distintas etapas como resultados del procesamiento de conflictos internos en el marco de una reacomodación a cambios en el sistema global. Llama la atención hacia los posibles resultados de un proceso que podría ser entendido como repetición de fórmulas ya ensayadas, pero enraizadas muy profundamente en características socioculturales de los países latinoamericanos.¹⁷

Alguien podría sostener que los adversarios definidos por Kaplan al comienzo de su obra ya no existen, o que su presencia es limitada. Creo que ese balance contribuiría a la evaluación de la vigencia del pensamiento de Kaplan hoy respecto de estos tópicos. Por mi parte, creo que su corrección al sesgo politicista del enfoque de los teóricos de la elites hace posible releerlos en una clave que permite integrar sus aportes en visiones más complejas de la relación entre sociedad y política. Por otra parte, si el marxismo vulgar ha retrocedido, aunque no desaparecido de las aulas universitarias, la realidad nos regala hoy la increíble vulgaridad del economicismo neoliberal para que el ejercicio del filo crítico y la ironía, que constituyen una vertiente del pensamiento de Kaplan, contribuya a que éste mantenga su vigencia.

BIBLIOGRAFÍA

- KAPLAN, Marcos, *Formación del Estado nacional en América Latina*, Editorial Universitaria, Chile, 1969.
- , *Estado y sociedad*, México, UNAM, 1978.
- , *El sistema mundial en la era de la incertidumbre*, México, UNAM, 1994.
- , *Neocesarismo y constitucionalismo. El caso Chávez y Venezuela*, México, UNAM, 2001.
- ZAMITIZ, Héctor, “Ciencia política e interdisciplina: una perspectiva teórica del Estado latinoamericano. Entrevista con Marcos Kaplan”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, México, núm. 176, 1999.

¹⁷ *Neocesarismo y constitucionalismo. El caso Chávez y Venezuela*, México, UNAM, 2001.